

Años furiosos, análisis inquieto

Manuel Villa, *Los años furiosos: 1994-1995. La reforma del Estado y el futuro de México*, Miguel Ángel Porrúa y Flacso, Colección Las Ciencias Sociales, México, 1996, 191 pp.

LO PRIMERO QUE HAY QUE AGRADECER en este nuevo libro de Manuel Villa es la constante búsqueda de ideas para rehuir modas, simplismos y maniqueísmos. En un panorama tan descompuesto como el que hemos tenido en términos de intercambios y reflexiones políticas, contribuciones como la de Villa confirman que pese a todo, pero también delante de todo ello, la reflexión crítica sobre los asuntos públicos del país puede hacerse con algo más que imprecaciones y descalificaciones. *Los años furiosos* es un ejercicio de búsqueda dentro de la coyuntura, pero más allá de la anécdota. En su densidad conceptual, contrasta notablemente con la enorme mayoría de libros, ensayos y artículos que han circulado en y a propósito de los tres años recientes en nuestro país. Sostenido en una lectura rigurosa —si bien creativa— de varios de los autores más sugerentes que tenemos hoy en el campo de la ciencia política, pero además comprometido en la construcción de explicaciones de largo aliento, Manuel Villa ofrece un diagnóstico sustancioso y crudo, severo a la vez que discutible, de qué nos pasó y por qué, en el periodo más reciente.

Referirse a los acontecimientos que han preocupado a México en los últimos años es relativamente sencillo. Bastan unas cuantas referencias periodísticas, una reconstrucción cronológica y alguna dosis de elucidaciones más o menos contundentes para, ya con ello, pretender que hemos explicado la nueva crisis mexicana. Villa le da la vuelta a esos recursos fáciles, y desde luego insuficientes, y trata de ganar distancia para mirar de conjunto los que él encuentra como faltantes en la reforma del Estado y sobrantes en la omnipresencia del ejecutivo federal. En su revisión toma como contexto, pero también como espacio y origen de conflictos adicionales, a la sociedad mexicana y dictamina sobre los defectos de sus instituciones políticas para, hacia el final de este libro, ofrecer un prontuario de medidas que considera pertinentes para la gobernabilidad.

En ese repaso a los contenidos de la “caja negra” que según él, en su hermetismo y como parte de la cultura del secreto de las élites, llegó a ser el sistema político, Villa se fija en lagunas en la reforma de las instituciones y de las prácticas de la clase gobernante, se detiene en la dimensión local de las articulaciones sociedad-Estado, que es en donde se explica varios de los conflictos más álgidos, cuestiona denodadamente a la institución presidencial y a sus más recientes depositarios, desmitifica leyendas como la de una sociedad civil homogénea e inmaculada, y se preocupa por

el efecto de los medios de comunicación, a los que atribuye buena parte de la descomposición del debate público en estos tiempos.

Sobra decir, pero vale la pena insistir en ello, que uno de los valores fundamentales en un libro como este de Manuel Villa, es su capacidad para suscitar el intercambio de ideas. Con ese ánimo es que nos detenemos en algunas de sus propuestas más polémicas.

DARLE NUEVA VIGENCIA AL ESTADO

Para Villa, a diferencia de lo que dijo la propaganda oficial en el anterior sexenio, no hemos tenido “una auténtica reforma del Estado”. Al contrario, sostiene (p. 8) que hemos padecido una “contrarreforma de inspiración neoliberal”. El término mismo le parece manoseado (p. 107) y confuso. Ése es uno de los ejes en el análisis de *Los años furiosos*. Pero más allá de insistir machaconamente en que no hay lo que verdaderamente pueda considerarse como *reforma del Estado*, Villa explica poco qué deberíamos entender por tal proyecto. El autor considera que el Estado mexicano ha padecido el cercenamiento en sus vínculos con la sociedad y con el mercado (p. 10), sostiene que carece de los consensos necesarios y que en lugar de fortalecerlo actualizando esos lazos, el gobierno anterior redujo al Estado para eliminar a fracciones rivales en las élites políticas.

El problema de las dimensiones e incluso las funciones del Estado, reconoce Villa, es internacional (p. 121). Los mecanismos estatistas han venido agotándose a la vez que se mantiene la necesidad de promover el crecimiento y la distribución social. Así, más que invocar la retirada del Estado, sería preciso actualizarlo y darle nueva vigencia “en un marco de vasta amplitud democrática del régimen” (p. 121) para que sea “el gran movilizador de los recursos nacionales” (p. 123).

SALINISMO SOBREDIMENSIONADO

Villa atribuye las nuevas debilidades del Estado a la restauración presidencialista del sexenio anterior. Carlos Salinas de Gortari, dice, “contribuyó considerablemente a la pulverización política porque, pretendiendo que reformaba al Estado, sólo atacó la vertiente tradicional que controlaba el sistema [...] Lo que consiguió, entonces, fue acelerar la crisis del ya viejo y anacrónico sistema y, en todo caso, sumirlo en una profunda dinámica de descomposición en la que involucró a las oposiciones” (p. 80). Y más adelante, insiste: “El gobierno de Salinas de Gortari, en la ambición de renovar el proyecto histórico, lo único que consiguió fue acelerar la crisis de las viejas bases del progreso y ahondar las causas de la desigualdad y el rezago” (p. 154).

Allí está una de las interpretaciones más cuestionables en este libro. Si lo que Villa deplora es el debilitamiento de los viejos grupos de poder, muchos de ellos de tradición caciquil, que en términos esquemáticos podemos considerar como arcaicos

cos —o, para decirlo más gráficamente, dinosaurios— cabe preguntarnos si en ellos estaban algunas de “las viejas bases del progreso”. Si a lo que se refiere es a los grupos sociales mayoritarios, que en el trabajo urbano o en el campo dejaron de ser clientelas virtualmente incondicionales del partido en el gobierno, también es discutible que allí tengamos una expresión de retrocesos.

También es débil la afirmación de que Salinas, entre sus debilidades de origen, tenía “la precariedad de legitimidad” (p. 16), a menos que volvamos a las interminables, pero sobre todo ideologizadas discusiones sobre los resultados electorales de julio de 1988. En el cuestionamiento al papel de ese ex presidente, Villa llega a reconocerle más capacidades de maniobra y dominio que las que posiblemente tuvo. Dice por ejemplo, que “las habilidades retóricas de Salinas y su especial hiperactivismo le permitieron gobernar, a trasmano, con los viejos recursos del caudillismo” (p. 145). Para Villa, el presidencialismo salinista concentró el poder de tal manera que hizo de su gestión, en demérito de los gobiernos estatales, “la suma de 33 gobiernos en vez de un gobierno republicano” (p. 66).

ZEDILLISMO APRESURADO

Los rasgos autoritarios del presidencialismo salinista hoy parecen evidentes, aunque en su momento no lo fueron tanto para la mayoría de quienes —sobre todo en el comentario periodístico— hoy se asombran ante ellos. Una de las limitaciones principales para la política de consensos que la nueva situación del país le obligaba a poner en práctica, fue la decisión de alterar medidas ya tomadas e incluso resultados electorales (por añadidura, en perjuicio de su propio partido) en varias conocidas ocasiones. La razón de Estado, o los motivos particulares o circunstanciales que se escudaban detrás de ella, condujeron a un gobierno de apertura y legalidad, pero en otras ocasiones de arbitrariedades en aras de la solución de conflictos coyunturales. Ya es algo excedido considerar que el poder de los gobiernos de cada uno de los estados convergía en la voluntad presidencial, sobre todo si recordamos que ése fue el primer sexenio en el que tuvimos varios gobernadores de oposición.

Villa, a nuestro juicio, sobredimensiona algunos de los abusos del salinismo sin tomar en cuenta la otra cara de ese gobierno, que incluyó búsquedas de consenso inéditas, ciertamente clientelares pero también con resultados constatables, como las que hubo en el Programa Nacional de Solidaridad, al que cuestiona severamente —y, podríamos decir, de manera tan apresurada como injusta. Para el autor, al ejercer sin contrapesos eficaces un presidencialismo onmímodo, o casi, Salinas sustituyó al sistema político impidiendo su renovación y actualización.

Ya en la recta final del libro, Villa intenta contrastar los modos de Salinas con lo que denomina “el estilo de conducción del presidente Zedillo” que, dice, se ha definido por “el predominio del Estado de derecho y el libre ejercicio de la democracia” (p. 139). Evidentemente hay diferencias personales entre un mandatario y otro. Pero derivar de los estilos de personalidad una manía transgresora de las leyes en un caso

y respetuosa de ellas en el otro, puede llevar a conclusiones exageradas. Sobre todo, y Villa borda riesgosamente por esa vertiente interpretativa, puede llevar a sostener que debido al talante distinto de Salinas y Zedillo, entre los gobiernos de uno y otro hay diferencias notables. Así, se olvidaría que, esencialmente, las estrategias para la economía y la política son las mismas y, por añadidura, bajo el manejo de casi los mismos funcionarios. Se echa de menos un análisis de los dos recientes años de gobierno que sea tan crítico como el que se ocupa del sexenio de Salinas.

SISTEMA, ESTADO Y RÉGIMEN

El autor de estos *Años furiosos* es tan cuidadoso con los conceptos que deplora su manejo frecuentemente desordenado y confuso (p. 28). Así, propone distinguir entre Estado, régimen y sistema político. Al régimen, lo entiende como el conjunto de leyes e instituciones (p. 29). Al sistema político, como “el conjunto de prácticas, hábitos, rituales y reglas no escritas que organizan la competencia entre los actores y específicamente entre la clase política” (p. 29).

Después del salinismo, dice Villa, hemos tenido “un sistema político desgarrado y un régimen sólido, pero amenazado por las tensiones en el interior del priísmo” (p. 135). Lo que hemos presenciado, dice en otro sitio, es una reforma del régimen sobre todo en los aspectos electorales (p. 29).

La caracterización del sistema como colección de costumbres informales de los protagonistas políticos, puede llevar a confusión. Habitualmente, por sistema político se entiende antes que nada al conjunto de instituciones, grupos y procesos políticos en un contexto determinado. De esta manera, cuando Villa dice que Carlos Salinas “atacó a la vertiente tradicional que controlaba al sistema” (p. 80), parece que se refiere más a grupos e intereses muy específicos que a su hábito para interrelacionarse políticamente. Luego, mucho más adelante, al referirse al estilo del presidente Ernesto Zedillo para conducir a su gobierno, el autor considera que de ahí resulta “un vacío, este sí, sistémico” (p. 147).

El rigor conceptual que postula (pero no siempre cumple) Manuel Villa, no está reñido con el apasionamiento en la descripción de algunas de las tendencias y circunstancias políticas de estos años. El título mismo del libro es muestra de ello. En congruencia con esa descripción adjetivada de un panorama que al menos en apariencia resulta catastrófico, Villa considera en varios sitios del libro que la cápsula que el PRI significaba para contener a numerosas fuerzas sociales y políticas, “quedó hecha añicos” (p. 70); que la familia (revolucionaria) “se ha hecho trizas” (p. 72); que “el sistema y la clase política están liquidados” (p. 8); que “el gobierno, burocráticamente, está aislado” (p. 9); que, de nuevo, “el sistema político en cambio, está hecho añicos” (p. 13), y que Salinas en su estrategia llevó a las fuerzas políticas a tal situación de tensión que “se hizo volar al sistema en pedazos” (p. 54).

Recuperamos estas expresiones no sólo para dar cuenta de las preocupaciones retórico-tremendistas de este autor, que encuentra motivos de alarma extrema en lo

que considera el desmoronamiento del sistema político, sino también para preguntarnos qué quedó después de toda esa conflagración que de acuerdo con el doctor Villa ocurrió en medio de nuestra estupefacción durante los años —entonces considerados como de avance— del salinismo. Cabe recordar, entre tantas otras cosas, que la sociedad no se hacía cargo de esa situación de desastre todavía incluso en las últimas semanas de noviembre de 1994, ya en el final del sexenio, cuando la presencia pública del aún presidente era ampliamente reconocida. Luego se pudo comprobar que esa popularidad estaba afianzada en las expectativas de mejoría económica, que se mantuvieron hasta el último día de aquel gobierno, pero que cambiaron dramáticamente en menos de un mes.

En su inquietud por la situación de precariedad en que quedó el sistema político, sin reformas auténticas y con consensos desgajados, Villa identifica al entonces presidente como responsable de tal crisis con tanto énfasis que, quizá, así se contribuye más a profundizar la mitificación que la disección del salinismo. Pero suponiendo que el sistema y el Estado perdieron bases sociales y que si no las recuperan su deterioro será creciente, cabe preguntarnos por las vías posibles, si es que las hay, para esa restauración de la legitimidad necesaria en el ejercicio del poder.

ELECCIONES, TRANSICIÓN Y SOCIEDAD CIVIL

Villa considera que “no es al Estado al que hay que culpar y aniquilar, sino que es necesario reformarlo, removiendo el control omnímodo de oligarquías y burocracia y restableciendo en la base, la convergencia de intereses, y en la dirección, la auténtica representación de éstos”. Todo ello, a través de “mediaciones sometidas al control social” (p. 20). Qué significa, cómo se caracteriza y qué alcances tiene esa reforma, es tema de otra de las tesis polémicas de este autor. Manuel Villa dice que el problema en México, “ya no es de reforma electoral, no de acuerdo legalista entre los partidos sobre las reglas de su convivencia [...]” (p. 41). Más adelante, reitera: “el principal problema ya no es el electoral, es el de las relaciones Estado-sociedad y Estado-mercado”.

Si con ello quiere decir que el de las elecciones es un asunto resuelto, el autor no lo afirma, al menos de manera contundente. Pero pareciera haber allí un dilema abierto entre la inversión de fuerzas y capitales políticos en las elecciones y la necesidad de atender prioritariamente otras áreas en los vínculos del Estado con su entorno nacional. La reubicación de la cuestión electoral dentro de nuestra agenda puede ser saludable, siempre y cuando no nos lleve a considerar que con toda seguridad, ya tenemos comicios libres, limpios y representativos. Es pertinente que conduzcamos la reflexión política a lo que hará falta después de la hora de las urnas, pero el reloj del desarrollo ciudadano todavía no indica que esa asignatura haya sido cumplida de manera propicia y sobre todo, concluyente.

Lo que sí falta, sin lugar a dudas, es no limitar la reforma del Estado a los asuntos electorales. De hecho, como podemos recordar, la agenda que resultó del acerca-

miento entre los partidos en enero de 1995, establecía temas muy variados, desde la renovación del federalismo y la reforma de los medios de comunicación hasta la revisión de los equilibrios parlamentarios y el acotamiento de las atribuciones presidenciales y no únicamente la actualización de la normatividad electoral. La indolencia de los partidos y las difíciles condiciones para el debate político que hemos tenido estos dos años —pero también la ausencia de exigencias suficientes por parte de la sociedad— circunscribieron la primera reforma a los asuntos solamente electorales. Las medidas aún ausentes no le quitan mérito a los avances así logrados y que están a prueba de aquí a los comicios de julio.

Junto con su interés para relativizar la importancia de las elecciones, Manuel Villa nos deja clavado un polémico cuestionamiento más: en México, dice, no hemos tenido una transición política. “Es ingenuo o irresponsable, si no es que ideológicamente ventajoso, querer sacar transiciones ahí en donde no existe aún una estructura alternativa de instituciones emergiendo” (p. 51); hay que “superar el simplismo que subyace en las propuestas sobre la transición en México” (p. 57); “es evidente la falacia de la transición en México” (p. 133).

Entendemos, y en buena medida compartimos, el disgusto de Manuel Villa ante quienes han querido entender que la transición mexicana es la sustitución de un grupo por otro, o un momento culminante de cambio drástico, o la abolición fatal de un partido político. Con exasperación, este autor apunta que entre los orígenes de la que denomina “intoxicación colectiva”, se encuentran “periodistas, académicos y comentaristas que hacen de los problemas y las dificultades para superar los grandes fracasos, pruebas de la proximidad del desastre, y sobre todo, de la incapacidad del gobierno. Mantienen el caldo de cultivo de toxinas que únicamente acrecientan la irritación colectiva” (p. 15).

Algunos de esos agoreros (que por otro lado no necesitan esforzarse mucho para dibujar un panorama sombrío) se presentan como portavoces de la llamada “sociedad civil”, la que con denuedo y enfado discute nuestro autor en el transcurso de su libro. Si la tomamos en serio, aparece tan contundente como inasible: “la sociedad civil es todo” (p. 31). Sin embargo, muchos de los promotores de los llamados organismos civiles, no son más que “activistas de miniescenarios de la situación política”, que encabezan a “microfuerzas cuyo poder radica en la denuncia, el macroespectáculo y sobre todo el macroescándalo, cuando no en las acciones de turba y linchamiento” (p. 74).

Pero si de lo que se trata es de reformar verdaderamente al Estado y junto con ello renovar nuestra cultura política, quizá entonces la idea de transición con la que polemiza Manuel Villa no tenga el aliento amplio que más allá de jactancias y catastrofismos de corto plazo es inevitable en un proceso de cambios que no puede limitarse a las reglas electorales —aunque es imprescindible que las incluya. Y entonces, podemos entender que la transición no es coartada simplificadora que encuentran analistas y promotores como los que Villa cuestiona, sino otra cosa.

REFORMAS EN EL PRESIDENCIALISMO

Villa mismo, en las últimas páginas de su libro, ofrece un compendio de medidas para que, en el marco del presidencialismo, hubiera gobernabilidad. La docena y media de acciones y políticas que propone, desde la transparencia en las decisiones del gobierno, la consolidación del Congreso, la reforma del PRI, la incorporación de las fuerzas regionales y la renovación de las organizaciones sociales, hasta la revitalización de la prensa y la concurrencia crítica de los intelectuales, la representatividad de los partidos, la revisión de criterios en la selección de gobernadores, la reforma de la administración pública y la delimitación entre las tareas políticas del gobierno y la política de seguridad nacional (pp. 161-181), ¿no son, todas ellas, ingredientes de lo que sin ilusiones pero sin restricciones podemos considerar como transición democrática?

Después de todo, las coincidencias con el doctor Villa son más abundantes que los matices o las eventuales discrepancias. La utilidad de su libro es propiciar, sugerir, remover el habitualmente comodino —si no es que inexistente— debate sobre los saldos recientes y el horizonte político de nuestro país. Éste es un libro para leer con la pluma o el marcador en la mano, para subrayar hallazgos y diferencias, para repasar en su creativa búsqueda. Es un libro oportuno sobre estos años que han sido arrebatados, cuyo inventario analítico se lee con el regusto que deja la escritura inteligente. Se lee, precisamente, sin furia y ése ya es un encuentro más en medio del panorama de especulación y tremendismo que seguimos teniendo en nuestro análisis político.

Raúl Trejo Delarbre